

Eduardo Bieber. Máster en Psicopatología Criminal y Forense.

En junio pasado, en la ciudad de Buenos Aires fue hallado en una planta procesadora de basura, el cuerpo sin vida de una adolescente de 16 años. El caso tiene una gran repercusión mediática por lo impactante del crimen. Aparentemente la muchacha fue abusada sexualmente antes de ser asesinada. El sospechoso, un portero del edificio en donde vivía la joven, un hombre de 45 años, de aspecto bonachón, sin antecedentes penales, y bien considerado por los inquilinos, se autoincriminó en el asesinato. ¿Cómo puede ser que alguien así sea un posible asesino despiadado?. El conocido criminólogo español Vicente Garrido, describe a los psicópatas “integrados”, como individuos con un profundo narcisismo, sin sentimientos de culpa ni compasión por los demás, que un día: *“Explotan con un gran acto de violencia en edad ya bien adulta, por una razón claramente precisa en sus mentes, generalmente buscando algo: dinero, sexo, mayor autonomía y poder”*¹.

Estos tipos de psicópatas, se desenvuelven perfectamente dentro de su ambiente; pasando desapercibidos e incluso suelen ser apreciados por la comunidad. Sin embargo, siempre son un peligro potencial para los demás, ya que suelen manipular y engañar con facilidad, buscando siempre el beneficio propio, usando a las personas como cosas. Muchas veces son carismáticos y encantadores, con facilidad de palabra. Pero cuando, por motivos que solo ellos conocen, un día deciden cometer un crimen, planifican con gran detalle el acto antisocial. Como externamente parecen unos tipos normales, nadie se espera que actúen de manera tan perversa. Uno podría pensar que solo gente trastornada como los psicópatas, que según los estudios científicos abarcan al 1 o 3 % de la población; podrían desplegar este tipo de conductas. Pero la realidad es que la maldad en la sociedad, es más frecuente de lo que podemos imaginarnos. Leopold Szondi, quien fue en vida, un brillante psiquiatra húngaro; propuso la tipología del hombre “Caín” -según la tradición cristiana, en el Génesis- primer libro de la Biblia- Caín y Abel, fueron hijos de Adán y Eva. Un día Caín, loco de celos, mata a su hermano Abel-. La persona tipo “Caín”, sería el individuo corriente y malo; cuya frecuente presencia en la población, fue confirmada por el mismo psiquiatra a través de extensas investigaciones genealógicas -estudio de la ascendencia y descendencia de los individuos o familias-. Szondi, en uno de sus libros más representativos afirmaba: *“Caín rige al mundo. El que lo dude le aconsejamos que lea la historia universal. Ambición, envidia y vanidad son peculiares en Caín. Al cabo de miles de años no ha disminuido la actividad de matar de Caín. La llamada “civilización y cultura” obligan al Caín a desarrollar un arsenal de técnicas de enmascaramiento. Con mentiras, acusaciones, calumnias y denuncias domina Caín al mundo. Rige a cada uno desde la cuna hasta la tumba, y rige el mundo desde la edad de piedra hasta la era atómica y seguirá rigiendo en los tiempos venideros”*². Universalmente se ha considerado que la maldad consiste en un obrar conscientemente, con el objetivo de dañar, humillar; de maltratar a otras personas. Posiblemente usted después de leer esta definición, pensará que jamás podría realizar tales acciones. Es algo normal, solemos pensar de nosotros los mejor. La gran incógnita es: ¿cuánto se conoce usted a sí mismo?.

Un poco de introspección nos puede demostrar cuan equivocados podemos estar acerca de la naturaleza humana. Muchos dicen: “Yo no mato, no robo, no soy infiel a mi pareja, no soy codicioso/a, no estafó a nadie; por lo tanto soy un buen ciudadano, una buena persona”. Pero no nos percatamos, que también se puede matar con una mirada de desprecio. Se mata con las palabras hirientes lanzadas contra los familiares. Se mata cuando no se cumple una promesa; cuando se es indiferente al prójimo que está al lado nuestro. Existen individuos que no hablan mal de sus semejantes; pero en silencio, en su mente, despedazan vivo al vecino, a quien envidian. Algunos no roban cosas materiales, pero roban ilusiones,

¹ Garrido Genovés, Vicente. Perfiles criminales. Un recorrido por el lado oscuro del ser humano. Editorial Ariel. 2012

² Szondi, Leopold. Caín y el cainismo en la historia universal. Biblioteca nueva. Madrid -España. 1975

años de vida a los demás, a causa de una voluntad autoritaria, soberbia y egocéntrica. No son infieles a su pareja, pero son infieles a las personas que en su momento los ayudaron, y ahora quedan abandonadas y traicionadas. No codician ni ambicionan tal vez bienes materiales ajenos, pero codician a la pareja del amigo/a, y codician que siempre se los tenga en cuenta a ellos primero, sin importar que alguien salga perjudicado. Igualmente, estafador no es solo quien entrega un cheque sin fondo; sino quien por ejemplo, vende alimentos vencidos, el que jamás devuelve algo prestado. Estafa el empresario, que hace trabajar en negro a un joven estudiante, justificando su trabajo como una simple pasantía laboral. Comete fraude el bancario o financista quien oculta en el contrato, en letras pequeñas, el verdadero interés de un crédito. Podríamos dar mil ejemplos más, de las situaciones diarias en donde la sociedad “asesina virtualmente” a sus propios integrantes. Y ese es justamente el peligro, la trivialización de algo que debería ser penado y considerado gravísimo. Al volverse estas conductas cotidianas, realizadas por la mayoría, con el tiempo se convierten en normales, en donde hasta el más honesto cae en la trampa. A propósito, el sacerdote compatriota, Saro Vera, reflexiona: “Dentro de una sociedad civilizada la religión no constituye para el paraguayo una fuente de pensamiento, actitud y procedimiento adecuados, aunque permanece como fuente poderosa de un modo de pensar y accionar dentro la órbita de las relaciones primarias. A su juicio, puede ser un buen cristiano y un desenfrenado ladrón de las res-pública”³.

Existen grandes verdades psicológicas. Una de ellas es que no somos ni buenos ni malos, sino “buenos y malos”. Otra es que un ángel puede convertirse fácilmente en demonio. Un error de la ciencia es considerar que la maldad solo puede ser ejecutada por aquellos quienes tienen una predisposición hacia el mal en su personalidad. Pero la historia nos muestra algo bien diferente. En el año 1994 en Ruanda, aconteció una de las masacres más terroríficas de la humanidad, muriendo alrededor de un millón de personas. Los hutus y tutsis, que eran vecinos que se ayudaban entre ellos, de un día para otro, acabaron matándose. Aquellos asesinos no eran soldados, eran civiles. Desde las altas esferas políticas y militares, se había creado una imagen de los tutsis como seres inferiores que valían más muertos antes que vivos. Se les había deshumanizado, condición en donde es más fácil justificar la atrocidad. La ideología imperante en Ruanda había propiciado la matanza, entre individuos que anteriormente eran vecinos y compatriotas.

El poder de la autoridad puede llevar a la obediencia ciega a la población. En EE.UU, la profesora Jane Elliot sometió a sus alumnos de tercer grado a un experimento sobre “que se siente cuando alguien vive marginado”. Para ello, inculcó a sus alumnetos que desde ese momento, los niños con ojos azules serían superiores a los de ojos marrones, y que por lo tanto, habría más recreo para ellos, como así mismo, los mejores juguetes para los de ojos claros. Desde ese instante, los de ojos azules comenzaron a juntarse entre sí e ignorar a los otros, con quienes antes compartían el pupitre. Los niños con ojos marrones se volvieron tristes y no querían ir más al colegio. Después de unos días, la profesora dio vuelta la situación, diciendo que se había equivocado y que los alumnos con ojos marrones eran los superiores. La profesora Elliot, quedó asombrada, porque sus alumnos que antes eran amables y solidarios, se convirtieron en unos niños crueles, discriminatorios y malos.

Podrían citarse muchos otros ejemplos, como la violación de unas 80.000 mujeres chinas por los soldados japoneses en la ciudad de Nanking en la segunda guerra mundial. Los conflictos bélicos son una excelente manera de transformar la personalidad de los soldados, que son convertidos en asesinos mediante la estrategia de deshumanizar al enemigo. Poniendo a gente buena en lugares malos, podrían acabar siendo corrompidos por el grupo. El profesor David Frankfurter, de la Universidad de Boston, investigó los motivos del por qué el mal fascina a los seres humanos. Su conclusión es que toda comunidad humana, juega con los aspectos más indeseables de las comunidades vecinas, sin ver los suyos propios, por la fascinación que produce observarlos en otras personas. El famoso y reconocido psicólogo, Stanley Milgran, quería saber por qué los nazis, habían asesinado tan obedientemente a los judíos durante el holocausto. Con sus experimentos grupales, descubrió, que la mayoría de las

³ Vera Troche, Saro Wilfrido. El paraguayo (un hombre fuera de su mundo). Editorial El Lector. 1996. Asunción

personas, prefieren cumplir una orden directa, aun sabiendo que es injusta, para salir del paso y no tener que enfrentarse a sus superiores.

También el psicólogo social Philip Zimbardo, quiso descubrir la fina capa que separa el bien del mal en las personas. Demostró en su famoso experimento de la prisión de Stanford, que en situaciones extremas, la mayoría de las personas olvidan sus valores y ceden ante la crueldad del ambiente.

Las acciones malignas no solo se producen por actuar de forma errónea, sino por no actuar, por quedarnos de brazos cruzados, sin intervenir en una situación que es injusta para otras personas. Según una investigación de los psicólogos sociales Bibb Latané y John Darley, cuantas más personas presencian una urgencia, es menos probable que intervengan, creyendo que ya lo harán los demás.

La excesiva codicia humana – un aspecto del mal- causa estragos en la sociedad. El sistema económico, afirma Joseph Stiglitz -premio nobel de economía en 2001- parece estar destruyendo los valores básicos. *“Algo malo le ha sucedido a la brújula moral de muchísima gente que trabaja en el sector financiero y en otros ámbitos. En los países con más desigualdad, los habitantes tienen una menor igualdad de oportunidades. Investigaciones realizadas por el Instituto de política económica en EE.UU, concluyó que los niños pobres que tienen éxito en sus estudios, tienen menos probabilidades de graduarse en una universidad que los niños más ricos que tienen peor rendimiento escolar. Y aunque consigan una licenciatura, los hijos de los pobres siguen siendo más pobres que los hijos de los pudientes con menos estudios”*⁴.

Coincidentemente, nuestro país es el que posee el mayor nivel de desigualdad de Latinoamérica. Pareciese que esta desigualdad social es un fenómeno inevitable y de aparición espontánea; pero nada más alejado de la realidad. Son los políticos y los grupos económicos poderosos lo que dictan las pautas de las reglas del juego en cuanto a la economía de un país. Cuando los más ricos utilizan su poder político para beneficiar a las grandes empresas que ellos manejan, se desvían ingresos muy necesarios para los pocos, en vez de beneficiarse a toda la sociedad.

La problemática social parece muy compleja e incomprensible, pero la raíz del asunto es muy básica y antigua como el mundo. El motivo de nuestras miserias es el “Ego”, nuestra “querida” personalidad. El narcisismo frío e indiferente, la ambición por tener cada vez más, la envidia que corroe, la vanidad que ciega; el orgullo que separa y destruye. Lo peor de todo, es que la gente piensa que siendo de esa manera, se tiene una gran ventaja en la sociedad; ignorando que esas acciones personales son las que les generan la mayoría de los problemas, tragedias y sufrimientos. El problema no está siquiera en esa forma egoísta de ser; sino en la ignorancia de cómo nuestras acciones son las causantes de todos esos dramas que vivimos a diario y en donde dañamos muchas veces a los que más amamos. Como describe R. D. Laing: *“El campo de la conciencia de lo que pensamos y hacemos se encuentra limitado por lo que dejamos de advertir. Y porque no advertimos lo que dejamos de advertir, hay pocas cosas que podemos hacer para cambiar”*⁵.

Cotidianamente nos encontramos con personas que vemos tienen familia y cuidan de los suyos, van a la misa, e incluso participan en obras sociales. Parecen personas productivas y comprometidas con la comunidad. Pero tras esa fachada se esconde un demonio de perversidad y malicia. Con sorpresa y terror percatamos que de repente, se vuelven furiosos calumniadores, inventando malas historias sobre los demás; inmiscuyéndose en vidas privadas hasta hacerlas desgraciadas. Envidiando y ambicionado todo lo que con tanto esfuerzo conseguimos. Sin la menor humanidad, dañan a sabiendas, gozando de la tragedia ajena. Nos preguntamos; ¿Quiénes son estas personas? , ¿Serán psicópatas desalmados?, ¿enfermos mentales? Recordemos que los psicópatas y en general los enfermos mentales graves, abarcan tan solo el 1% o 3% de la población. Resulta pavoroso descubrir que estas personas son normales, no se detectan rasgos patológicos en su personalidad, y sin embargo son altamente peligrosas cuando actúan con malicia.

⁴ Stiglitz, Joseph E. El precio de la desigualdad. Editorial Taurus. México. 2012

⁵ Monbourquette, Jean. Reconciliarse con la propia sombra. Sal Terrae. España. 1999.

No sería exagerado afirmar que tal vez, tres personas de cada cinco poseen estas características tan dañinas para la sociedad. ¿En que nos hemos convertido?; estamos creando un peligroso estilo “psicopático” dentro de la sociedad. Para la comprensión de este fenómeno nos brinda ayuda, Piñuel: *“Vivimos en una sociedad cuyos valores favorecen el desarrollo de todo narcisismo social. Las principales instituciones educativas y socializantes, como la escuela y la familia, resultan altamente tóxicas porque están basadas en la carencia de la internalización de las normas éticas o morales. En definitiva, estamos siendo enculturados en normas y valores psicópatas. En una sociedad psicopática, el narcisismo social dominante hace, además el resto, inoculando desde pequeños a los niños en la necesidad de éxito, de la apariencia y de notoriedad social. El virus del narcisismo social les conduce a la rivalidad, la competitividad, la envidia y el resentimiento contra los demás”*⁶. El morbo, la sangre, la violencia, el chisme, venden más que las acciones positivas. Así se envenena la mente de niños y jóvenes, quienes mañana tendrán que pagar el precio de haber crecido en un ambiente enfermizo.

Necesitamos volver urgentemente al idealismo, al humanismo, al concepto de “ser humano”. El individuo forma la masa, la familia. Si cada uno de nosotros no cambia, no cambia la sociedad. Son muchos los peligros sociales de la mediocridad, afirmaba el destacado escritor y científico argentino, José Ingenieros. *“La psicología de los hombres mediocres caracterízase por un riesgo común: la incapacidad de concebir una perfección, de formarse un ideal. No viven su vida para sí mismos, sino para el fantasma que proyectan en la opinión de sus similares. Si alguien con gesto decisivo, enseña la dignidad, la turba de los serviles le ladra; al que toma el camino de las cumbres, los envidiosos le carcomen la reputación con saña malévola”*⁷.

¿Y que podemos hacer?. El psicólogo social Philip Zimbardo recomienda algunos consejos para luchar contra el mal: 1- Reconozca sus errores: aceptemos que errar es humano. Puede que hayamos tomado una decisión que nos pareció correcta al principio, pero luego nos dimos cuenta que era el camino errado. Digamos esas frases mágicas: “lo siento”, “perdón”. Nos traerá muchos beneficios, aunque tenga un coste presente, nos beneficiará en el futuro. 2- Estar atentos: debemos prestar atención a las palabras, las frases, los gestos, que nos transmiten las autoridades y personas a nuestro alrededor. Desarrollar el pensamiento crítico, analizar cada propuesta, teoría. 3- Ser responsable: asumir la responsabilidad de nuestros actos y no culpar a los demás. 4- Afirmar la identidad personal: negarnos a que se nos deshumanice o se nos convierta en un objeto, un número, un votante, etc. 5- Oponerse a sistemas injustos: así se reducirá la obediencia ciega a las autoridades faltas de juicio y mal intencionadas. 6- Desear ser aceptado, pero valorando la propia independencia: la necesidad de sentirse parte del grupo puede llevar a muchas personas a cometer actos que contradicen sus valores personales. Deben primar estos últimos.

Necesitamos más héroes en la sociedad. En el libro el “Efecto Lucifer” encontramos un interesante análisis del heroísmo: *“Las concepciones del heroísmo aceptadas actualmente destacan sobre todo su riesgo físico, sin ocuparse debidamente de otros componentes de los actos heroicos, como la nobleza de propósito y los actos no violentos de sacrificio personal. El heroísmo hace que nos centremos en los aspectos positivos de la naturaleza humana. Los relatos de heroísmo nos atraen porque nos recuerdan que la gente es capaz de resistirse a la maldad, de no ceder a las tentaciones, de superar la mediocridad y de responder cuando los demás no actúan”*⁸.

Es más fácil seguramente, tomar el camino “espacioso”, es más placentero, es el que dicta el rebaño; en donde nadie protesta ni acusa; pero que a la larga, nos conduce a la tragedia, la miseria, el odio, la amargura. La historia universal tiene mil ejemplos de las catastróficas consecuencias sociales de caminar al son de la masa sin consciencia. Nos decía San Pablo hace ya tantos siglos: *“No os conforméis a este mundo, sino que transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”*. Muchas voces nos dirán que no luchemos por una causa impopular. El éxito, el reconocimiento son las palabras claves del mundo moderno. El gran sabio hindú Jiddu Krishnamurti afirmaba con razón: *“No es sano estar adaptado a una sociedad enferma”*. Es justamente, nuestra mala voluntad la que hay que transformar para que este mundo se convierta en el lugar que tanto anhelamos para nosotros y nuestros hijos. Ese futuro puede estar muy cerca, sí nos empeñamos cada día en pensar más en nuestros errores que en el de los demás, en preocuparnos un poco más por el prójimo que en nosotros mismos.

⁶ Jáuregui Balenciaga, Inmaculada. Psicopatía: Pandemia de la modernidad. Nómadas. Revista crítica de ciencias sociales y Jurídicas. España. 2008.

⁷ Ingenieros, José. El hombre mediocre. Editorial Libresa. Ecuador. 1994

⁸ Zimbardo, Philip. El efecto Lucifer. El porqué de la maldad. Paidós.

Bibliografía complementaria: Jaime. Ramilla. El lado oscuro. La irresistible atracción del mal. Madrid

